

quien además expidió firmanes, manifestando á todas las provincias de su vasto imperio el esclarecido mérito contraído por los misioneros y las religiosas de Caridad curando á sus vasallos apestados.

Dejando á Smirna, las Spórades llamaron mi atención, y entre todas las islas que forman el Archipiélago, una pequeña, de cuyo seno se elevan cerros bajos, áridos y casi desnudos de vegetación, me recordaba las escenas más imponentes que pudo presenciar alguna vez la vista humana. Desierta casi del todo, apenas deja ver sobre una de sus colinas la torre de un convento y en su rededor algunas casas miserables. ¡Páthmos! era la isla que veía, y en su recinto pasaron los sucesos que nos describe el libro del Apocalipsis. « Juan, discípulo de Jesús, desterrado en Páthmos por la fe, fué arrebatado en espíritu un domingo, y oyó en pos de sí una gran voz como trompeta que decía: Escribe en un libro lo que ves. — Yo me volví para ver la voz que hablaba, y vi siete candeleros de oro y en medio de ellos al Hijo del hombre, vestido de ropa talar, ceñido con una cinta de oro, su cabeza y sus cabellos eran blancos, sus ojos como llama de fuego, sus piés semejantes al latón fino cuando está en un horno ardiente, y su voz como el ruido de muchas aguas. Tenía á su derecha siete estrellas, y salía de su boca una espada de dos filos, y su rostro resplandecía como el sol. Luego que le vi caí á sus piés como muerto. Mas puso él su mano sobre mí, diciéndome: *No temas: soy el primero y el postrero, el que vivo y he sido muerto; hé aquí que vivo en los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno. Escribe lo que has visto, y lo que ha de suceder despues de esto.* » — Rasgos tan misteriosos y sublimes dan á Páthmos un aspecto solemne á los ojos del entendimiento que los recuerda, teniendo entre las manos aquel libro sagrado, cuyas figuras son hasta hoy un secreto impenetrable. Del seno de la montaña se eleva un pico harto más elevado que los otros, cubierto de arbustos

y matorrales que le dan un aspecto frondoso y agradable: quizá el Profeta del Nuevo Testamento eligió en su destierro este lugar para su mansión favorita, y quizá en el mismo, lejos del trato de todos, fué donde oyó la voz y vió las imágenes que nos dejó escritas.

Leyendo las amenazas que S. Juan dirige á las siete Iglesias más florecientes del Asia, por su falta de celo para rechazar las doctrinas erróneas de los herejes, por su criminal condescendencia en admitir personas licenciosas en su comunión, y por su tibieza en el ejercicio de las virtudes, se ve desde luego hasta qué punto se han cumplido todas ellas. Había dejado á Smirna, donde la verdad no hace sus conquistas sino luchando cuerpo á cuerpo con el cisma, la superstición, la sensualidad y el fanatismo, y acababa de contemplar el suelo de Éfeso, de la que apenas quedan el nombre y uno que otro escombros del bello templo de Diana, orgullo de la Grecia; y no fué la espada de los Turcos quien apagó estas antorchas de la primitiva Iglesia, sino las falsas doctrinas, la corrupción de costumbres y el tedio y la negligencia. La irreligión y la sensualidad son para los Estados, así como para los individuos, disolventes más eficaces todavía que los golpes de la barbarie.

Un coronel turco llamaba á bordo la atención de todos desde nuestra salida de Smirna: llevaba consigo una joven Circasiana, á la que en un rincón de la primera cámara rodeaban siempre dos negras y dos esclavos de visaje insoportable. Sus guardas no la permitían alzarse el velo, ni contestar los saludos de extremada cortesía que le dirigían algunos jóvenes franceses, ni ménos cambiar por otro el lugar en que la dejó su amo. Mientras tanto este se ocupaba en reconocer un gabinete, en el que encerró luego á su hermosa prisionera y con ella á las negras, sus guardianes. El calor insoportable y la falta de ventilación enfermaron á la Circasiana, y el coronel necesitó consultar al facultativo. Como era natural, este quiso verla, mas aquel se excusó diciendo que

podía él satisfacer á todas las preguntas necesarias. El doctor ordenó, entre otras cosas, pasearla sobre cubierta; el coronel cumplió esta prescripción, pero á média noche, y cuando todos dormían profundamente, continuando durante el día el mismo encierro, causa verdadera de la enfermedad. La Circasiana era mujer del coronel, contaba apénas diez y ocho años de edad, de los cuales tres habia estado casada. En Smirna habia yo visto á las mujeres de los Turcos llevar el rostro cubierto, y vivir escondidas dentro de gruesas murallas y de espesas celosías; mas nunca pudiera creer que su encierro fuese una prision tan dura como la que experimentaba aquella mujer infeliz. ¡Para ella nó vivían mas seres racionales que un hombre que recibió por esposo sin conocer ántes, y unos esclavos repugnantes colocados cerca de su persona para acchar escrupulosamente hasta el mas mínimo de sus movimientos! Las bellas costas del Asia, la poesía de la Grecia y de los Archipiélagos que despertaban la atención de los viajeros, para ella pasaban desapercibidos. ¡No existía mas mundo que la estrecha cámara que la encerraba! El celo de los que maliciosamente acusaron al cristianismo de haber encadenado á la mujer, criada libre por Dios, no ha sido tan noble ni tan generoso que hiciera á alguno dejar las holgadas capitales de Europa para venir á ejercer su misión de libertar al bello sexo en los países musulmanes: nunca tan bien como en Turquía, donde millones de mujeres arrastran igual suerte que aquella triste Circasiana, pudieran aprovechar sus fogosas declamaciones. El cristianismo, constituyendo á la mujer al lado de su esposo: «Compañero os doy, le dice, y no esclava;» programa bien explícito de las doctrinas que profesa con relación á su dignidad. Nunca chocan tanto como al lado de estos aquellos lances en que vemos trastornados los principios que Dios y la naturaleza dictaron para reglar la conducta de los hombres.

Ródas, tan famosa por las proezas de sus caballeros como por su importancia marítima, no es hoy mas que un vasto

monton de ruinas; sus soberbios muros van desapareciendo carcomidos por los siglos, sin que el gobierno que la arrancó del poder de los cruzados se ocupe en reparar las brechas que se ven abiertas en sus vastísimas fortificaciones. Desde el terrado de la basilica de San Juan, donde subí con trabajo por las muchas piedras que faltan en los escalones, miré la antigua y la moderna Ródas. Poderosa la primera por su comercio, llena de fábricas y de talleres, habitada por cincuenta mil individuos y gobernada por los caballeros, fué uno de los baluartes inexpugnables que sirvieron de apoyo á los ejércitos numerosos de soldados que, llenos de entusiasmo, atravesaban el Mediterráneo para libertar los Lugares santos del yugo musulmán. Pero de esta Ródas ya no existen sino sus calles solitarias y sus preciosos recuerdos. Agrúpanse sobre un terreno desierto montones inmensos de piedras, en muchas de las cuales se ven todavía inscripciones y jeroglíficos, gruesos cañones inutilizados en la guerra y esparcidos entre los escombros, templos convertidos en mezquitas y algunos viejos palacios próximos á caer, y se tendrá idea de lo que queda de la famosa Ródas. De sus escombros ha nacido otra poblada por diez mil Orientales, que se comunican por oscuras y sucias callejuelas, carecen de industria, no conocen ley, y las garantías de su individuo y de su propiedad penden del querer de un soberano y de sus agentes subalternos. Ródas floreció bajo la influencia de la legislación cristiana, esencialmente liberal y de progreso, y cayó cuando la indolencia profunda y la falta de instituciones que caracterizan al islamismo se apoderaron de su gobierno. Después de contemplar algunas horas este cuadro que aflige, descendiendo del terrado eché á andar por la *calle de los Caballeros*. Allí los suntuosos palacios del gran maestro y del arzobispo, el hospital, el colegio, grandes portadas decoradas con las armas de las familias mas antiguas de Francia, y otros muchos edificios que sin duda fueron insignes, se distinguen perfectamente. Pero esa *calle de los*



*Caballeros*, habitada hace tres siglos por nobles, dignidades y grandes oficiales, estaba silenciosa; no se divisaba sino uno que otro Turco, que fumaba tranquilamente su pipa recostado en aquellos terrados que no trabajaron sus abuelos. Los ladridos de los perros que encontraba al pasar era el único ruido que interrumpía de cuando en cuando este silencio, en todo semejante al que reina sobre las frías losas de los sepulcros.

Tres años hace que los Capuchinos consiguieron que el gobierno de la Puerta les permitiese abrir en el barrio franco de Ródas una escuela; y merced á esta, ochenta niños reciben hoy la educacion de que carecieron sus mayores. Chateaubriand nos ha conservado los preciosos recuerdos de la imágen pintada sobre un gran trozo de mármol, y cuya historia se remonta hasta el siglo catorce, fecha en que recibia culto en un gran templo que le edificara la piedad de los cruzados. Esta imágen venerable, á quien tantas tradiciones se ligán del esplendor de Ródas, objeto de ruidosas disputas entre católicos y cismáticos, verdadera notabilidad como curiosidad artística, y fuente fecunda de consuelos y esperanzas para todos los cristianos del Oriente, se conserva en la iglesia de los Capuchinos, desde que hallada fresca é intacta el año de 1600 por un esclavo que hacia excavaciones en un jardin, volvió á reanimar con su presencia la fe en aquellos países desgraciados.

Dejé á Ródas el mismo dia siguiendo mi viaje para Mersina, adonde llegué el siguiente. Pisaba ya las costas de Siria, me encontraba en el suelo de la antigua Tarso, rival de Damasco y de Alejandría en riqueza y poblacion. Un lugarejo de diez ó doce casas sobre una costa llena de vegetacion, y que á pesar de los ardores del estío parecia robusta y vigorosa, era cuanto veía en Mersina; Tarso mismo, colmado tantas veces de favores por los emperadores romanos, conserva apénas de su antiguo esplendor una sombra débil. El puerto que abrigó las numerosas naves cargadas con las ri-

quezas mas preciosas del Oriente, no tenia mas que algunos pequeños caiques, ni « el mar Grande, cuyas aguas cruzaban las flotas poderosas de Tiro y del rey de Asiria, » presentaba otras embarcaciones que las harto miserables de los Griegos y de los Turcos. El Cydnus, cuya madre atravesó antiguamente su recinto regando sus bellísimos jardines, no la baña en la actualidad, contentándose con enviarle sus aguas por medio de pequeños canales. Una cosa grande queda solo á Tarso, y es el nombre de Pablo, Apóstol de las Gentes, que tiene el honor de contar entre sus hijos.

Alejandrette, donde arribé el siguiente dia, es tan triste como Mersina. Algunos Árabes, corriendo á caballo por playas desiertas, y tropas de camellos que marchaban cargados con direccion á Damasco; hé aquí todo lo que se veía sobre las masas de ruinas que recuerdan la antigua Issun. En este estado que presentan los puertos mas famosos de la Siria, cualquiera verá cumplida á la letra la prediccion de Isaías: « Voz de Dios, voz de Dios á la Siria. Tu poder será despedazado, tus ciudades convertidas en polvo, las naves, que son tu esperanza, no parecerán mas; tus tierras quedarán desiertas, porque tu corazon está henchido de soberbia, y no quisiste conocer el poder de tu Señor. »

Ni es mas ventajosa la situacion de aquella Antioquia, reina del Oriente, cabeza de mil ciudades populosas, corte de los Antíocos, y que orgullosa con su gran prosperidad, intentó señalar límites al poder de los Romanos. El recinto que contuvo cien mil habitantes, ricos de conveniencias materiales, hoy apénas cuenta doce mil, y estos pobres en su mayor número. La que fué cuna del cristianismo por decirlo así, pues que en su seno principió á darse el nombre de *cristianos* á los discípulos de Jesus, vive extranjera para la fe que enseñó este; y allí donde los primeros fieles eran acogidos con muestras tan sinceras de íntimo gozo, la sangre de un sacerdote celoso y ejemplar, vertida recientemente, iniciará un dia proceso formidable contra otros que tambien

quieren llamarse *discipulos de Jesus*. Tres mil Griegos disidentes de la Iglesia, regidos por un obispo que se firma *patriarca de la ciudad de Dios* (1), componen la mayoría de los cristianos que al presente habitan Antioquía.

Los católicos, en número muy corto, estaban sin pastor (2), y su pequeño templo se encontraba solitario. Una terrible tragedia les habia dejado en horfandad. Un celoso Capuchino, salido de Damasco, cuidaba esta pequeña grey, aumentándola con la copiosa bendición del Cielo, el fervor de sus palabras y los ejemplos edificantes de su vida. Él se hizo amable entre los Turcos por su caridad y noble desinterés: no obstante en el seno de Antioquía se tramaba una conspiración contra la inocente vida del P. Basilio, que no tardó en aparecer cosido á puñaladas en su misma casa. La voz pública acusó á los autores de tan feroz asesinato: los que persiguieron al Crisóstomo, vástago el más frondoso de Antioquía, ningún escrúpulo podían abrigar al empapar sus manos en la sangre de aquel representante de la fe y de los principios católicos, por cuya defensa vivió mártir aquel ilustre doctor. Este reciente y hartamente doloroso hecho manifiesta que hoy no son los Turcos sino los cismáticos los peores enemigos del catolicismo y de la civilización entera.

Mas ese patriarca, que se titula *de la ciudad de Dios*, ¿qué hace para levantar los muros de Israel, restituyendo á su silla el esplendor que le dieron las virtudes de sus antepasados? ¿Dónde están las obras que ejecutan sus coadjutores en el episcopado para regenerar un pueblo sumido en la ignorancia y en los vicios? Él posee un suntuoso palacio en la corte moscovita, adonde va con frecuencia á depositar al pie del trono del poderoso zar sus quejas contra los musulmanes, enemigos de la *ortodoxia*; él tiene otro en Constan-

(1) En tiempo del emperador Teodosio, Antioquía recibió el nombre de THEÓPOLIS, ó Ciudad de Dios.

(2) Año de 1852.

tinopla, en el que reside con frecuencia: mientras tanto ni á la sombra de estos palacios edificadas en las cortes de los soberanos, ni en el suelo de la patria á la de su propia Iglesia se ha levantado un seminario, ni se ha abierto una casa de asilo para los mendigos de su comunión. El tiempo ha llegado en que pueblos que soportan el castigo que merece el cisma, tienen á su frente « pastores que se apacientan á sí mismos, en vez de apacentar á los demás. » La Religión y la humanidad levantan su voz para acusar esta conducta: la Religión, porque su ministerio es de velar sobre los pueblos que recibieron la fe; y la humanidad, porque el hombre colocado bajo la égida del Evangelio, ha recibido en sus pastores los maestros de su entendimiento y los directores de su corazón. ¡Oh! pero cuando aquella Religión ha perdido su primer carácter, cuando aquellos pastores han enmudecido, y cuando los directores del corazón humano sin luces bastantes para gobernarse ellos mismos tropiezan y caen delante del pueblo de que se dicen encargados, ¿qué podrá este prometerse de útil y provechoso?

